

Hoces, *focinos* y *focinicos* en el entorno de Fuendetodos

JOSÉ ANTONIO DOMÍNGUEZ LLOVERÍA

Buena parte del término de Fuendetodos se asienta sobre un sustrato de rocas calizas de edad mesozoica (Era Secundaria). Ese sustrato calizo es el responsable de la existencia de unos parajes singulares en forma de cañones o barrancos encajados que rompen con el paisaje habitual originando unos enclaves de alto valor estético y ecológico y que en Fuendetodos se denominan *hoces* a los de mayores dimensiones y *focinos* y *focinicos* a los más pequeños.

Este tipo de cañones es frecuente en las rocas calizas, producto del modelado kárstico que sufre esta clase de rocas. El término *karst* se usa por los geólogos para designar a los paisajes labrados sobre rocas calizas y se estudió originariamente en la península de Istria, en la costa del mar Adriático, donde este peculiar modelado está bien representado.

La peculiaridad del relieve kárstico se debe al hecho de que las rocas carbonatadas, como la caliza, son atacadas por el agua cargada de dióxido de carbono, la cual es capaz de disolver la calcita (carbonato de calcio), principal componente mineral de esa roca. Este proceso crea una gran variedad de formas, tanto en la superficie del terreno como en el subsuelo.

El agua de lluvia, al caer y correr por el suelo, se carga de dióxido de carbono de la atmósfera y se acidifica. Posteriormente se filtra por los poros y grietas de la roca disolviendo el carbonato cálcico. Este proceso, lento pero inexorable, va desmoronando la roca bajo el suelo y se llegan a formar cavidades y galerías. Si estas alcanzan gran tamaño pueden provocar el hundimiento del terreno formando dolinas o simas. Si el agua llega a circular bajo el terreno, el colapso se produce a lo largo de la galería excavada y se originan los denominados *valles ciegos* o *valles en fondo de saco*, cañones de paredes verticales o casi verticales que se prolongan hasta la cabecera de los mismos donde configuran un anfiteatro, como sucede con los *focinos* de Fuendetodos.

La caliza, pese a ser una roca fácilmente soluble, posee una gran consistencia y por ello es capaz de mantener superficies verticales e, incluso, extraplomadas.



Fuendetodos. Vista general de la Hoz Mayor

Es por eso que da paisajes agrestes. En el caso de Fuendetodos los mayores desniveles se encuentran en la denominada *Hoz Mayor*, con paredes de varias decenas de metros. Al pie de los cantiles se acumulan los fragmentos de roca que se desprenden de las paredes, formándose canchales o pedrizas de fragmentos angulosos que a veces dificultan la marcha al caminante.

Se encuentran a una altitud de entre 600 y 700 metros, atravesando principalmente las sierras situadas al norte, este y oeste de la población. En término de Fuendetodos aparecen grandes *hoces* (la Hoz Mayor y la Hoz Plana), *focinos* como los de la Bajada, La Higuera o el Focín del Asno o *focinicos* minúsculos como el de Valdevicén. Pero están presentes también a menor altitud y en los términos vecinos: así el Focino de la Cueva Marta, que se extiende hacia el término de Villanueva de Huerva o la extraordinaria “Hoz de la Puebla” (incorrecta y repetidamente llamada “Foz de Zafrané”), en término de La Puebla de Albortón, una de las mayores sorpresas paisajísticas de la comarca.

Más allá de los valores paisajísticos y estéticos que atesoran, los *focinos* de Fuendetodos y su entorno conforman enclaves de alto valor ecológico. Por un lado son un factor que favorece la biodiversidad y, por otro, son un refugio para especies propias de regiones de climatología más benigna.

En primer lugar, los *focinos* suponen una ruptura brusca de un paisaje en el que predominan suaves lomas onduladas entre las que corren vales o vaguadas que son explotadas agrícolaemente. Sobre las lomas está instalado el típico matorral mediterráneo, propio de las márgenes de la depresión del Ebro, compuesto por

coscoja (*Quercus coccifera*) con romero (*Rosmarinus officinalis*) y romerilla (*Cistus clusii*), o encontramos el pinar de pino carrasco (*Pinus halepensis*) con coscoja y con sabina negral (*Juniperus phoenicea*) y enebro (*Juniperus oxycedrus*). En ambos casos, esta vegetación nos indica un alto grado de aridez y un clima riguroso pues la componen especies de hoja perenne, dura (esclerófilas) y reducida. Estas adaptaciones les permiten superar tanto intensos periodos de calor e insolación como los duros periodos de frío invernal que proporciona el clima mediterráneo pero continentalizado del Valle del Ebro.

Pues bien, los *focinos* provocan una brusca discontinuidad en el medio físico y hacen posible, por una parte, la presencia de especies asociadas a las paredes rocosas y, por otra, de especies propias de temples más suaves, dado el microclima que se crea en el interior de los barrancos, que mantienen un ambiente menos riguroso que en el exterior, dado que la insolación y la desecación es mucho menor. Ello va a permitir la presencia de árboles de hoja caduca e, incluso de plantitas delicadas como los helechos, que aprovechan los rincones más húmedos.

Las plantas

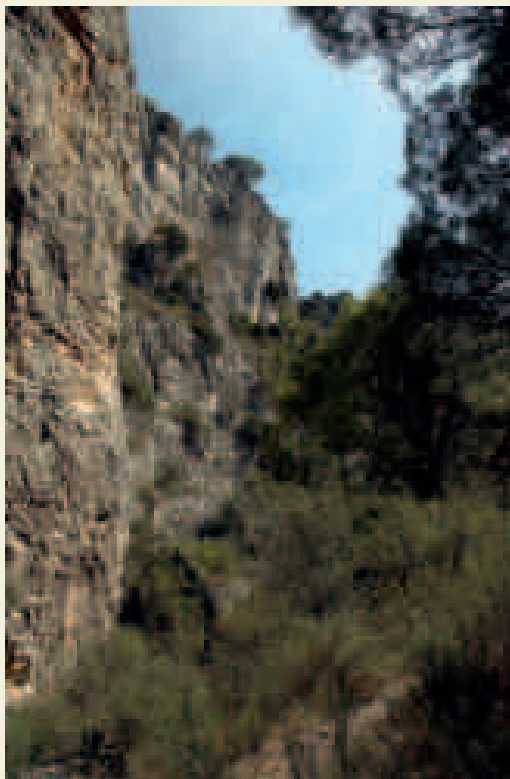
Para las plantas, colonizar y vivir en una superficie inclinada o vertical donde difícilmente se retienen el agua y la tierra es todo un reto, ya que es un medio sólo apto para especialistas capaces de penetrar con las raíces en las grietas de las rocas o de aprovechar cualquier mínima oquedad donde se acumule suelo para enraizar. Las plantas que viven en sustrato rocoso se denominan *rupícolas*. Las sabinas negrales se comportan como *rupícolas* y por ello se asoman al borde de los acantilados, festoneando los *focinos*. Logran introducir sus raíces en las fisuras de la caliza, ubicándose en lugares inverosímiles, desafiando a la gravedad.

En las grietas de las paredes más soleadas encontramos especies de menor porte como el conocido té de roca (*Chiliadenus saxatilis*), o la más rara y menos conocida *Sarcocapnos enneaphylla*, llamada “Zapatitos de la virgen” por sus flores, y que es endémica –es decir, *exclusiva*– de la Península Ibérica y Norte de África, estando siempre asociada a rocas calcáreas.

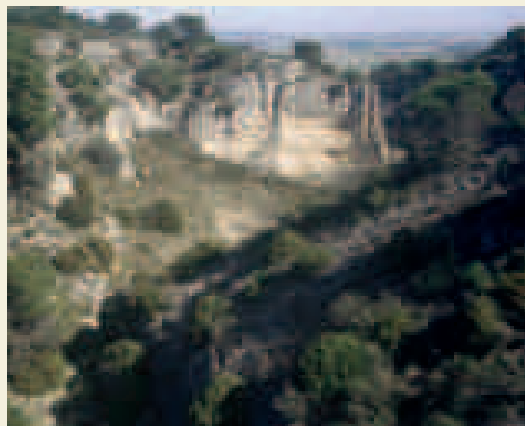
En los *focinos* más profundos algunas paredes permanecen en umbría y allí la humedad se retiene más tiempo. Entonces vemos las hiedras (*Hedera helix*) trepar entre las piedras, las tempranas violetas (*Viola* sp.), la hierba de San Roberto (*Geranium robertianum*) y, en los recovecos más favorables, delicados helechos como la doradilla (*Ceterach officinarum*), el polipodio (*Polypodium cambricum*) y *Asplenium trichomanes*.

Al pie de los escarpes se acumulan las piedras en canchales donde la inestabilidad es otra dificultad para las plantas. Allí encontramos un curioso arbolillo como es la cornicabra (*Pistacia terebinthus*) y arbustos como el jazmín (*Jasminum fruticans*), *Telephium imperati* y *Plumbago europaea*, plantas termófilas indicadoras del ambiente

Hoces y focinos



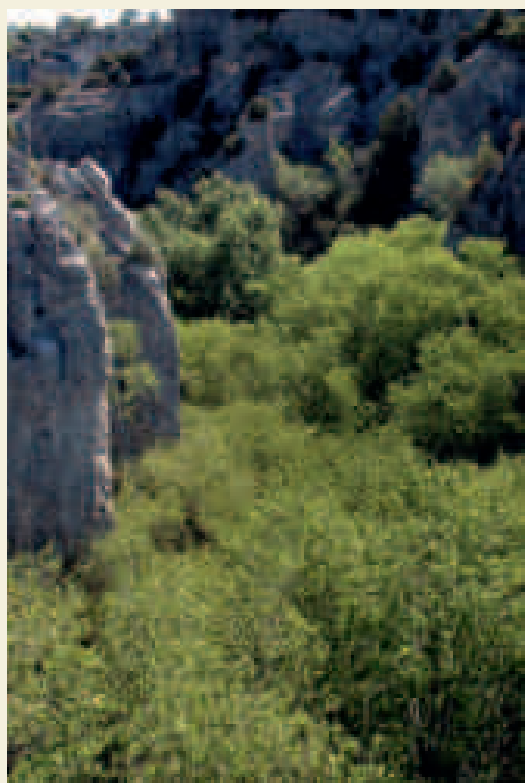
Fuendetodos. Sotobosque en la Hoz Mayor



Fuendetodos. Focino de la Bajada



Panorámica del Focino de la Cueva Marta, entre Fuendetodos y Villanueva de Huerva



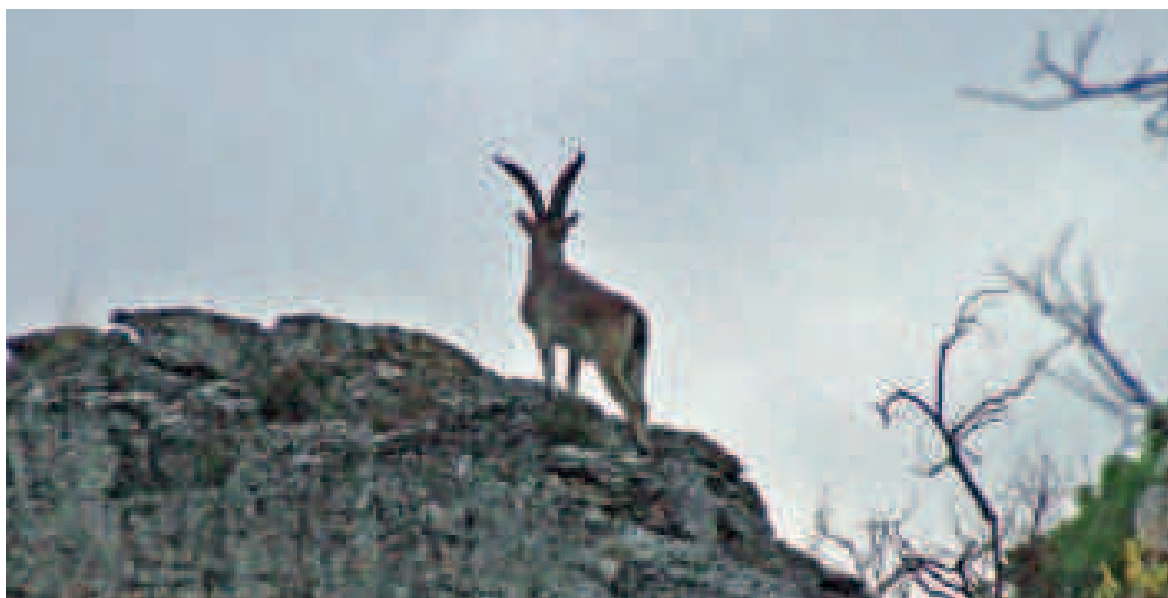
Fuendetodos. Bosquete de almeces y arces de Montpellier

más caldeado que reina en los barrancos, pues son especies poco resistentes al frío. Pero, sin duda, la vegetación más representativa de los *focinos*, y que se instala en el fondo de los mismos la componen el “latonero” o almez (*Celtis australis*) y el arce de Montpellier (*Acer monspessulanum*). En la Hoz Mayor, donde la profundidad del barranco permite mayor resguardo, es donde la vegetación del fondo alcanza mayor densidad y los latoneros forman un denso bosque, salpicado de arces, creando un ambiente umbroso propicio para plantas herbáceas como la nueza negra (*Tamus communis*). La presencia de líquenes recubriendo el tronco de los almeces da idea del ambiente favorable que allí se mantiene.

Tanto el almez como el arce de Montpellier son árboles de hoja caduca que, por su carácter termófilo, se refugian en los *focinos* donde encuentran un temple más abrigado. El almez está emparentado con el olmo. Sus frutos otoñales, comestibles, del tamaño de un guisante, con mucho hueso y poca pulpa, eran muy buscados por los zagales y por algunos pájaros como las tordas o zorzales (*Turdus* sp.). Con sus ramas se fabricaban artesanalmente las horcas con las que se amontonaba la mies y aventaba la parva en la era. Muchos de los habitantes de Almonacid de la Cuba se dedicaban a la confección de horcas de latonero, por lo que en el siglo XIX se le llegó a denominar “Almonacid de las Horcas”.

La fauna

También existe una fauna rupícola, que se aprovecha de los cantiles y paredes rocosas. De esa fauna, las aves que crían o se desenvuelven en esos medios, son los elementos más conspicuos. Entre ellas podremos observar a los pequeños aviones roqueros (*Ptyonoprogne rupestris*) —emparentados con las golondrinas— que adhieren su nido de barro a las paredes y vuelan incansables dando raudas pasadas a las rocas; o al tímido roquero solitario (*Monticola solitarius*) que, en el



Cabra montés en la Hoz Mayor de Fuendetodos

caso del macho, presenta un completo plumaje de intenso color azul. Más notorios son los gorriones chillones o “chillandras” (*Petronia petronia*) cuyos hábitos rupestres le llevan a instalar sus pequeñas colonias de cría en cortados.

En la espesura del bosque de latoneros sorprenderemos al mirlo común (*Turdus merula*) y a los pequeños páridos como herrerillos (*Parus caeruleus*) y carboneros (*Parus major*) que buscan insectos en los extremos de las ramas. Entre los matorrales podremos ver correr a esconderse a la lagartija colilarga (*Psammmodromus algirus*).

Otro curioso habitante de estos barrancos es la garduña (*Martes foina*). Este pequeño mamífero carnívoro es muy difícil de observar por sus hábitos nocturnos. Sólo sus excrementos largos y retorcidos y de tufo desagradable, depositados sobre una piedra o en el borde de un sendero nos delatarán su existencia. La costumbre de instalar sus madrigueras entre bloques de piedra hace que la encontremos tanto en estos parajes como en corrales y parideras.

Más recientemente ha comenzado a verse la cabra montés (*Capra pyrenaica*), tan amante de roquedos y canchales, por las inmediaciones de los *focinos* y no es difícil sorprender a algún ejemplar recortarse sobre el borde del barranco observando, curioso, a los excursionistas que descansan bajo los latoneros.

Otoño

No se puede acabar esta reseña sobre los *focinos* de Fuendetodos sin volver a resaltar su valor paisajístico y estético. Pueden ser objeto de estudio por su morfología para los geógrafos y geólogos; campo de observación para naturalistas y biólogos; y un elemento de identidad para los vecinos del entorno... pero, para todos, configuran un paisaje donde leer el inexorable trabajo de la naturaleza, oír sus sonidos, percibir aromas o de recobrar la sensación de aislamiento; situaciones, en fin, que tanto beneficio psicológico producen.

Y si hay momentos de especial belleza en estos parajes, bien sea en invierno cuando los latoneros muestran su dramática desnudez, bien sea en verano cuando el verde intenso de la Hoz Mayor estalla entre sus paredones rojizos; sin duda el más especial, por lo efímero, es el de los breves días otoñales en los que amarillean los latoneros y enrojecen los arces y las cornicabras.

Bibliografía

DOMÍNGUEZ, J. A., ONA, J. L., “Fuendetodos: los paisajes que Goya conoció”, *Flora Montiberica* 6, 1997, pp. 72-75.

ONA GONZÁLEZ, José Luis, *Senderos de Fuendetodos*, colección de 10 trípticos, Ayuntamiento de Fuendetodos, Tipolínea, Zaragoza, 1998.